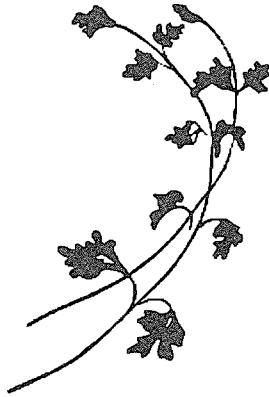


JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

CONCIENCIA SUCESIVA DE LO HERMOSO

# ANTOLOGÍA



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



**Conciencia sucesiva de lo hermoso**  
**ANTOLOJÍA**

**CONSEJERÍA DE CULTURA**

Centro Andaluz de las Letras

Esta edición ha sido posible gracias a la generosa cesión gratuita de derechos realizada por los herederos de Juan Ramón Jiménez

PRIMERA EDICIÓN: 100.000 ejemplares

EDICIÓN NO VENAL

EDITA: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

© DE LA EDICIÓN: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

© DE LA SELECCIÓN Y EL PRÓLOGO: Javier Blasco

© DEL DIBUJO Y TEXTOS: Herederos de Juan Ramón Jiménez

Esta edición estuvo al cuidado de Javier Blasco

ISBN: 978-84-8266-788-1

Depósito legal: S. 428-2008

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime Gráficas Varona, S.A.

Aun cuando todavía restan por homenajear a otros ilustres escritores andaluces a través de las antologías del Centro Andaluz de las Letras, la edición que publicamos en su día con los versos de Gustavo Adolfo Bécquer y la que dedicamos ahora a Juan Ramón Jiménez hacen que, en nuestra colección, estén presentes los dos grandes maestros de la poesía española contemporánea.

Del creador moguerense, Rafael Alberti escribió, a finales de los sesenta en la ciudad de Roma que, aun siendo muchos los grandes poetas que han pasado por el mundo estableciendo sus propios espacios, la presencia de Juan Ramón Jiménez, —por aquel entonces menos vivos para algunos—, era, sin duda, la de mayor porvenir. Su afirmación resultó ser toda una evidencia, pues el nombre del autor de *Platero y yo* logró traspasar con vigor nuestras fronteras, imponerse al tiempo y la distancia y obtener el reconocimiento y la admiración por siempre en otras latitudes.

En la Consejería de Cultura hemos tenido siempre como prioridad la divulgación de la obra de aquellos andaluces y andaluzas que contribuyeron a engrandecer la literatura española y universal. Por ello, coincidiendo con la conmemoración del cincuentenario de la muerte de Juan Ramón, y en el marco del Día Internacional del Libro, hemos querido recoger en esta antología una muestra de su producción lírica, sin duda, una de las más elevadas que ha dado la lengua castellana.

Rosa Torres  
*Consejera de Cultura*  
*Junta de Andalucía*

## Prólogo

«El *Diario*, *Eternidades* y *Piedra y Cielo* son un ciclo –le explicaba Juan Ramón a Ricardo Gullón en 1952– que no se ha visto. La gente leyó la *Segunda antología*, publicada poco después, donde estos libros están representados parcialmente... Así ocurre siempre con los poetas de obra larga, sólo leídos en parte, y siempre en la misma parte». Esto, que era verdad entonces, lo sigue siendo también hoy. Esencialmente la imagen de Juan Ramón que se ha impuesto con los años es la que se deriva de la *Segunda antología poética*; una imagen que desde luego hace justicia a un poeta de talla única, en cuya obra hunden sus raíces, por ejemplo, ciertas técnicas que anticipan el hodiernismo (que llevará a *Cántico*), el neopopularismo (que conocerá cimas impresionantes en Alberti o en Lorca) y el surrealismo (que subyace a *Poeta en Nueva York*), tres de los vectores más importantes de la lírica en lengua española del siglo XX. La selección de textos de la *Segunda antología poética*, realizada por el propio Juan Ramón, permite documentar, de manera suficiente, un estado poético al margen del cual es imposible entender esa gran floración lírica que conocemos como Generación del 27.

Sin embargo, a la altura de 1952 el poeta, que ya no se reconocía en la imagen emanada de la *Segunda antología*, percibía que la selección de la mencionada antología, con el tiempo, había acabado por velar su verdadera imagen. Y esta percepción sigue siendo válida también hoy. Por eso, emprender una selección de textos juanramonianos (aunque se trate siempre de una aventura gustosa, pues, sea cual sea la elección de textos que el antólogo elija, acertará siempre) constituye un reto importante: ¿cómo hacer justicia en unas pocas páginas a la inabarcable obra de un poeta plural, exquisita y grandiosamente plural? Son muy precisas las palabras

con las que el propio Juan Ramón describe su escritura: «Me represento mi escritura —se lee en uno de sus aforismos— como un mar verdadero, porque está hecha de innumerables olas; como un cielo verdadero, porque está hecha de innumerables estrellas; como un desierto verdadero, porque está hecha de innumerables granos de arena. Y como el cielo, el mar y el desierto está siempre en movimiento y en cambio». Soy consciente del reto de cualquier selección para cumplir con las innumerables olas que son, siempre en movimiento, la obra de Juan Ramón, por lo que en el conjunto de materiales a los que estas palabras sirven de prólogo, he renunciado a dar muestra de la variedad estética, formal y verbal que ofrece la escritura del poeta de Moguer.

Muy al contrario, teniendo en cuenta las palabras del poeta que trascribí al inicio de este texto y renunciando a aquellos registros discursivos mejor representados en la *Segunda antología poética*, con la selección que ofrezco a continuación he querido rendir homenaje a una faceta de la escritura juanramoniana, importantísima, que, si bien no está ausente del todo en los libros representados en la selección que hizo Juan Ramón en 1922, es en los libros posteriores a esta fecha —sobre todo en *La estación total*, *En el otro costado*, *Una colina meridiana* y *Dios deseado y deseante*— donde adquiere realmente consistencia. Me refiero a esa poesía comprometida con una búsqueda de naturaleza metafísica, que arranca del propio yo, como individuo histórico, para desembocar en el yo, como conciencia; una búsqueda que implica una doble reflexión sobre el mundo (objeto) y sobre el lenguaje (vehículo) y que persigue «un infinito para lo que finiquita». Se trata de una poesía cuya palabra se construye sobre la convicción de que, aunque «no somos más que un débil saco / de sangre y huesos, / y un alfiler, verdad, puede matarnos, / ...corre en nosotros la semilla / que puede dejar fuera de nosotros / la mariposa única; / [...] el ser invulnerable, / inmaterial, tan largo como el mundo, / que colma, libre, lo infinito / y se sale de él a lo imposible» (*Poesía*).

Juan Ramón escribió: «La entrevisión de lo infinito es sin duda una anticipación de fondo de lo que el hombre ha de ser algún día». La entrevisión de ese infinito es, también sin duda, lo que persigue la poesía del moguerense en esta faceta que mi selección de textos quiere rendir home-

naje y que, haciendo uso de un verso juanramoniano, he titulado *Un infinito para lo que finiquita*. Me gustaría partir de un poema de *Eternidades*, que dice así:

TODOS los días, el cielo  
vive en mis ojos, mas casi  
nunca es Dios.

Todos los días, yo soy  
yo, pero ¡qué pocos días  
yo soy yo!

Todos los días me hablas,  
mas ¡qué pocas veces te oigo  
tu voz!

Función del poema será, de una parte, dotar al cielo que miran los ojos del poeta de un dios; de otra, lograr que el yo sea realmente yo; y de otra, finalmente, entender lo que las cosas, el mundo, nos dicen y revelan.

Sucede que en Juan Ramón, escribir poesía es, juntamente, todo lo anterior. En primer lugar, escribir es una forma de trabajar en la construcción del yo. «Escribirnos —dejó dicho el poeta— no es más que recrearnos, crear-nos una segunda vida... y dejarla en manos de los otros». La primera parte de mi selección tiene que ver con todo esto. En unas notas, que llevan la fecha de 1942 y que Juan Ramón Jiménez dejó inéditas, el poeta de Moguer afirma del *Diario de un poeta recién casado*: «En 1916, enero, en el traqueteante tren, camino de Cádiz para embarcarme a América, empecé a escribir unas notas en verso libre que yo consideré provisionales en el primer momento... Al llegar a Cádiz, y ponerlas en limpio en el reposado cuarto del hotel de Francia, comprendí que eran el germen de un nuevo yo poético...». Las páginas de los primeros libros de Juan Ramón están llenas de «visiones», de «quimeras» y de «espectros», en consonancia con un mundo auténticamente visionario y con un yo fragmentario, dividido, y fantasmagórico. Algunos poemas de mi selección, en la sección primera, documentan este clima.

No es al mundo a donde nos llevan, en su primera época, los poemas de Juan Ramón, sino que conducen —por decirlo con palabras de Schopenhauer— a la representación del mundo en el interior de la conciencia. El idealismo que está en la base de todo subjetivismo suplanta —si empleamos una terminología que Schopenhauer había canonizado— la *presencia* del mundo por su *representación*, de modo que la realidad acaba siendo reemplazada por la idea y el mundo se espectraliza: «cuando el hombre se queda o cree quedarse solo, sin otra realidad, distinta de sus ideas, que le limite crudamente, pierde —diagnostica Ortega («Historia como sistema», en *OC*, VI)— la sensación de su propia realidad, se vuelve ante sí mismo entidad imaginaria, espectral, fantasmagórica». Sin embargo, un cambio se inicia en la poesía juanramoniana a partir del *Diario* y se convierte en algo sustancial en los libros posteriores (esos a los que mi selección atiende particularmente): el ensayo de una «nueva visión y nueva expresión de mí mismo y del mundo que yo veo».

La pugna de la realidad por revelarse en toda su plenitud y la pugna del yo por hacer inteligible esa revelación, nombrándola, es la gran aventura que canta la poesía juanramoniana en esos libros, que siguen al *Diario* y que la *Segunda antología* no pudo recoger. «No hemos venido al mundo para vivir —leemos en uno de los aforismos del poeta—, sino para descifrarlo mientras vivimos». Lo que el lector percibe en estos textos es la renuncia por parte del poeta a hacer del mundo una prolongación de su individualidad, de su subjetividad; y, a la vez, el esfuerzo voluntario y decidido de afrontar la contemplación de las cosas como realidades diferentes al propio yo, con el convencimiento de que las cosas sitúan al hombre; de que, si el mundo es inteligible gracias al hombre, es el roce con las cosas el que sitúa al hombre en el mundo y en la historia, de modo que son las cosas las que le revelan el verdadero perfil de su yo: «El mar sale del mar —concluye un poema del *Diario* (CLXI)— y me hace claro».

Es esta pugna del yo por escapar de los laberintos fantasmagóricos de su primera escritura la que recogen los poemas de la primera sección de la muestra antológica a la que estas palabras sirven de introducción. Solo al enfrentarse con el mundo, y abandonar las «representaciones» de sueños y ensañaciones, el yo adquiere conciencia, clara y distinta, de su radical



mismiedad, porque en última instancia la apertura inquisitiva al mundo y la construcción del yo son una sola y misma aventura: hacia dentro, la palabra del poeta «enforma» su mundo interior y le da consistencia de yo, elevándolo al nivel de la conciencia; hacia fuera, se constituye en voz para un universo que se resiste a revelar su secreto. En el «cansancio de ser carne» y el «nostálgico anhelo de ser otro, de ser Dios», que canta uno de los poemas de la sección primera, se explican el trabajo del poeta con la palabra (característico del segundo momento recogido para esta antología) para conseguir ese verbo capaz de arrancarle al mundo esa porción de «infinito» que hace habitable el universo de «lo que finiquita». Y la única arma de que dispone el poeta es su palabra, pues a las cosas —que son las que nos hacen claros— se accede por los nombres.

Nombrar la realidad implica invención permanente de nuevas relaciones entre el yo y las cosas, y, por tanto, redefinición y recreación permanente del universo como sistema:

Creemos los nombres.  
Derivarán los hombres.  
Luego derivarán las cosas.  
Y sólo quedará el mundo de los nombres,  
letra del amor de los hombres,  
del olor de las rosas.  
Del amor y las rosas,  
no ha de quedar sino los nombres.  
¡Creemos los nombres!

La realidad «se eleva hasta su nombre» (*Diario*, XLIII), cuando el poeta acierta con el nombre exacto de las cosas. La convicción de que la naturaleza lleva dentro un mensaje, para nombrar el cual el lenguaje todavía no cuenta con palabras, se impone en la escritura juanramoniana: «La mariposa —reza un poema de *La soledad sonora*— era un nombre, / un nombre llevaba el agua, / flotaba un nombre en el sol, / un nombre el verdón cantaba... // Quería decir un nombre / la música de mi flauta... / No pudo... La tarde iba / sangrando las verdes ramas...».

Las secciones tercera y cuarta de mi selección responden al proceso descrito por Juan Ramón en otro aforismo: «Yo canté primero sin saber por qué

cantaba. Luego quise saber por qué. Luego creí que era para crearme un mundo con mi canto, como dios pudo crear el suyo. Luego para darle al mundo una conciencia de un dios suyo». «Miremos —demanda Juan Ramón en uno de sus aforismos—, veamos día y noche, noche y día, que no es necesario llevarle en tan buen estado los ojos a la tierra». La realidad cobra ahora ante sus ojos nuevo valor, al contemplarla como enigma que guarda celosamente en sí el significado de la existencia. Tras la realidad visible de las cosas existe una realidad invisible que la mirada del poeta interpreta y que la palabra del poeta salva, entregándonos así porciones de «infinito para lo que finiquita». La poesía es, entonces, amorosa tarea de desciframiento, primero; y luego, construcción a partir de las cosas de valores y significados para la vida. Y la demanda del poeta es derivación lógica de la preocupación metafísica consustancial a su escritura de los tiempos del *Diario*, pues, como reza uno de sus poemas, ni el mar es el mar, ni el cielo es el cielo sin una conciencia que los cree. Y como «nada es la realidad —según aforismo del poeta— sin el Destino de una conciencia que la realiza», «¡qué tristeza pensar en los paisajes bellos no vistos por nadie, en los paisajes anteriores al hombre, en los paisajes cuyo espíritu no coincidió con el espíritu del hombre, en paisajes hermanos del hombre, que el hombre no pudo ver!».

En la línea de lo dicho por Ortega, en sus *Meditaciones del Quijote*, «hay dentro de cada cosa la indicación de una posible plenitud», y es responsabilidad del poeta «perfeccionarla, auxiliarla, para que logre esa plenitud». Pero en este llevar las cosas a su plenitud, a la par que el yo va dando sentido al universo, se construye a sí mismo como conciencia. La poesía, que cumple su destino en la operación de poner nombre a las cosas, es para el poeta también, y sobre todo, una aventura de contemplación y de conocimiento, que necesariamente concluye con la emergencia de un *yo*, como conciencia. Para este fin, al poeta ya no le sirve la vieja palabra —instrumento que él había tomado de la tradición literaria romántica y que, en sus primeros poemas él había puesto al servicio de la introspección y del autoanálisis. Ahora necesitaba crear de nuevo, reinventar, el «nombre exacto de las cosas», una palabra desnuda —nueva y propia— que le abriese el paso a la contemplación del mundo y de las cosas (en su verdadera y profunda con-

templación) y que le permitiese construir la realidad y erigirse a sí mismo como conciencia.

«Contemplación y creación», eso le escribió Unamuno a Juan Ramón que era el poeta, y eso es lo que el de Moguer creyó siempre que era la poesía. La realidad no se nos ofrece en plenitud hasta que no la desnudamos con nuestra mirada y con nuestra palabra. Entonces, y sólo entonces, se «eleva hasta su nombre», convertida —en un acto creador— en conciencia, ese concepto central en la última escritura juanramoniana, en el que se resuelve la avidez de eternidad, presente en toda su escritura desde fechas muy tempranas: «¿Por qué —se pregunta, en un determinado momento— el pájaro de oro que, frente a los ponientes históricos, entre las hojas del estío, ha aprendido a espesar con su canto el sentido eterno de la vida, no será también eterno?». A esta pregunta —que Juan Ramón formula en uno de sus aforismos y que está latiendo bajo toda su obra de la primera y segunda épocas— no le encuentra respuesta Juan Ramón hasta la etapa final de su escritura, que es cuando el concepto de conciencia cobra cuerpo y se convierte en concepto central de una nueva visión de la realidad y de la existencia. Vivir, para el Juan Ramón de este momento, es poner en pie una conciencia que no acaba con la muerte, sino que «difundida, igual, mayor, / inmensa / en la totalidad» sigue existiendo en la obra. Lo que acaba, con la muerte del yo, es sólo la forma temporal; esa forma temporal que, durante la vida, sirvió de soporte a la conciencia que, individualmente, cada vida pone en pie. Pero, tras la muerte, libre de toda atadura, la conciencia individual se «enquista en la tierra que no se desmorona» y se «funde a lo que nunca cambiará ya de historia», pasando a enriquecer la conciencia total del Universo. A esta conciencia total, suma de todas las conciencias individuales, el poeta la llamará Dios en *Animal de Fondo. La estación total y Espacio* —este último con algunas vacilaciones—, son la celebración de la encarnación del infinito (dios deseado) en una vida (dios deseante) que finiquita.

Después de Juan Ramón —afirmó Ricardo Gullón— no se podía seguir escribiendo como antes: «Quien así lo hiciera, incurriría en anacronismo, como bien comprendieron los poetas que por aquellos días se aprestaban a entrar en poesía». Juan Manuel Rozas supo verlo mejor que ningún otro de los lectores de Juan Ramón: «Con mirada diacrónica, podemos hablar de la

poesía española de antes y después del *Diario*, de modo parecido a como en el Barroco hablamos de antes y después de las *Soledades*». Hoy ya nadie duda de la trascendencia y relevancia inigualable de la obra juanramoniana en la historia de la poesía en español. El propio Juan Ramón sentenció, y no se equivocaba, que «no hay más que ver la lírica española y americana anterior a mi *Diario* (Darío, Unamuno, Lugones, Antonio Machado, Silva, etc.) y la posterior (Juana de Ibarbourou, Salinas, Neruda, etc.), hasta este curioso estado actual, en que casi nadie escribe más que en este verso mío y, como en lo popular, sin darse cuenta de quién lo dejó en el aire y en la luz de España». Juan Ramón no sólo fue, como tantas veces se ha afirmado, el maestro de grandes poetas hispanos, como todos los que integran la llamada Generación del 27. En su obra se inicia la modernidad en lengua española. En relación con esto, existe consenso crítico. Sin embargo, lo que pone en evidencia la dimensión metafísica a la que responden los poemas de mi selección es la talla intelectual y estética de un autor, cuyo contexto para cualquier juicio no es ya la poesía española de su tiempo, sino un universo en el que su nombre demanda, al lado, los nombres de Eliot, Pound, Montale, o Ungaretti.

Reducida mi selección a los cuatro ángulos arriba descritos (yo, palabra, mundo y conciencia), soy consciente de los riesgos que corro, por la parcialidad y capricho de lo seleccionado. Con todo, justificaré mi trabajo de antólogo —y en última instancia, el concepto mismo de mi selección— en unas palabras de Juan Ramón: «No pretendo que mi escritura se lea seguida, ni lo deseo. Mi gusto es hacerla Biblia, digo libro donde, aquí y allá, encuentre siempre el que la lea y como sorpresa contagiosa, líneas de belleza». Mi trabajo no ha pretendido otra cosa que facilitar al lector el paseo por el laberinto que es la obra juanramoniana, regalándole el hilo que une ese «aquí y allá» a los que se refiere el poeta. ¡Qué las maravillosas «líneas de belleza» de la poesía juanramoniana impregnen al lector de «sorpresa contagiosa»!

Javier Blasco  
*Universidad de Valladolid.*